

# El Maestro Sanín Cano

(Crónica de Tic-Tac, en *El Tiempo* de Bogotá).

Hemos visto y hemos abrazado, después de dilatada ausencia, al maestro de ayer y de hoy, de entonces y de siempre, al amigo y superior jerárquico de tiempos ya dominados por la penumbra de los años, de tiempos tan lejanos como felices y tan felices como dichosos.

Éranse días de regocijada fraternidad, de alegre convivencia social, en lo espiritual y en lo intelectual. En una quinta de Chapinero era el Cenáculo, la cita de casi todos los días y de casi todas las noches. Sobre nuestra mente de «aspirantes» y de «partiquinos», caían como granos en el surco, las palabras, las opiniones, las exégesis y los conceptos del Maestro. Era Sanín, y lo es hoy, la autoridad máxima en la órbita de sus iniciados. Para todos y cada uno, Sanín mantenía abierta la puerta de su casa y dejaba correr para quienes lo buscaban y rodeaban la fuente inagotable de su sabiduría, de su equilibrado y nutrido temperamento de intelectual máximo. Era en aquellos días de cordial camaradería, de unión sagrada al frente de la vida y del más allá de la vida.

Maestro por su propia virtud y por unánime consenso de sus «afiliados», del público innominado que lo conocía y del lector desconocido que lo admiraba y comprendía y que aún lo admira y lo comprende.

No hay hasta ahora libros creados y forjados en los altos hornos de la mente de Sanín. ¿Excentricismos del Maestro? ¿Sonriente ironía ante el *vanitas vanitatum* de los seres y de las cosas? No lo imaginamos. Sólo es posible pensar que el polen cerebral que fecunda las ideas en la flor del espíritu vuela mejor y cumple mejor su acción germinal en la hoja que vuela sobre campos ilimitados que en el libro cautivo de las vitrinas y de las estanterías de quien lo vende y de quien lo compra. La hoja vuela en más lontananzas y es donaire del viento y del espacio. El libro no vuela. Circula. El libro espera al lector y ejerce a trechos funciones notariales: protocolizar, legajar ideas y doctrinas y filosofías. Su actividad de sembrador es lenta y va sometida a itinerarios más cortos y difíciles en lo apostólico y en lo financiero. La hoja vuela como el viento, libre, ágil, tornasolados el cuello y las alas por el sol mañanero o por la relumbre melancólica del atardecer. El libro tiene precio comercial: se cotiza. Es cosa fungible. Es instrumento negociable. Lo volandero es otra cosa como propaganda ideológica y como labor que se basta con arrojar un grano



Baldomero Sanín Cano

de espíritu en el surco de la inquietud cerebral del Universo.

Sanín llega a su ciudad «solariega», a su segundo alero materno, después de una vida. Un fuerte soplo de juventud lo anima y sustenta por dentro y por fuera. Y en su palabra y en su sonrisa y en su mirada, se destaca el hombre maduro, de inteligencia sazónada por el estudio y por el tiempo, que es el apoderado y fijador definitivo de todo lo que alienta y se agita debajo de los astros y encima de la tierra crucificada de caminos y de senderos.

Llega ahora el Maestro a la Patria grande, de la cual es exponente destacado en los sectores del intelecto y del espíritu, y donde los pueblos edifican las torres almenadas y los muros eternos de la ciudad futura...

Y va hoy Sanín para lejos, con la prora endilgada hacia los mares y las playas australes del continente suramericano. De esta América joven y palpitante, que tiene la forma de un gran corazón encargado de palpar por el mundo nuevo y por el viejo, y de alimentar con su sangre las grandes visceras germinativas del porvenir,

*La Nación* de Buenos Aires es uno de los rotativos más fuertes y prestigiosos del mundo periodístico. La América tiene en *La Nación* y en *La Prensa* bonaerenses sus más destacados representantes, sus más sólidas columnas intelectuales y su más amplio itinerario de extensión y prolongación.

De ese gran diario ha sido Sanín en Europa, desde hace largos años, representante principal y colaborador del más elevado coturno. En Londres y en Madrid, Sanín ha gobernado las grandes oficinas corresponsales de *La Nación*. Y ahora, el Maestro va a la metrópoli argentina, a ocupar puesto categórico y sólido en los sectores de alta batalla del diario panamericano. Y allá será Sanín la mente aguzada de finos lentes panorámicos que domina y detalla el momento de una Europa todavía convulsa y apenas convaleciente; de una Europa que apenas reacciona y apenas se mueve como los inválidos del Marne, del Vístula y del Piave: en muletas. Amplio y fértil campo para la pluma de Sanín, sociólogo y crítico sereno de las grandes y pequeñas jornadas del género humano.

Lleve el Maestro a las hermosas y fecundas riberas del Plata, como ha llevado a todas partes, el recuerdo de la Patria que ahora visita como huésped transitorio, y que lo admira y sigue como a una de sus más fuertes proyecciones intelectuales.